

EL ESTADO DE LA PROVINCIA DE TERUEL A PRINCIPIOS DE SIGLO

José Antonio Beltrán Juste

LOS MOVIMIENTOS MIGRATORIOS, CAUSA DE LA DESPOBLACION

La Población¹

Si realizásemos un corte transversal Norte-Sur a la realidad geográfica de Aragón, observaríamos como la depresión del Ebro es el auténtico eje longitudinal entre el Alto Aragón y las tierras turolenses. Este centro de gravedad, y más concretamente la ciudad de Zaragoza, ha actuado y actúa como un enorme imán que succiona población y recursos desertizando el resto del territorio. Es un tópico afirmar que esta situación viene determinada por las distintas características de ambos ámbitos: tierras fértiles, agua abundante y excelentes comunicaciones en el caso del valle frente a suelos difíciles y excentricidad en las tierras altas. Pero, aún reconociendo, lo que de determinante tiene la geografía, hemos de recordar que la actual situación de desequilibrio se ha producido a lo largo de un proceso histórico concreto y de un desarrollo relativamente reciente. El punto de término de este proceso es, todavía, una incógnita pero el de partida, en mi opinión, hay que buscarlo en el primer tercio de nuestro siglo y corre paralelo al proceso de industrialización de nuestra región.

Mientras que Zaragoza capital ha pasado de tener 99.118 habitantes en 1.900, lo que suponía el 8,5 de la población total aragonesa, a 590.750 en 1981 con un 48,6% del total, la provincia de Teruel ha pasado, en el mismo periodo de 246.001 a 150.900 con una participación porcentual de un 26,95 a un 12,43% sobre la pobla-

(1) Elaboración a partir de los censos nacionales de 1900 y 1981

ción regional. Esta pérdida de potencial se ha producido de forma paulatina y continuada a partir de los años treinta con un punto de mayor inflexión en el periodo intercensal de 1960-1970 en el que pasó de contar con 215.183 habitantes a 170.284. Si contabilizamos esta disminución a nivel municipal, observaremos que de los doscientos sesenta y ocho municipios que integran el censo de 1981 solamente once, es decir el 4,1% han mantenido o aumentado la población que tenían a principios de siglo. Puede resultar interesante el enumerar estas excepciones y la cuantía de sus variaciones: Alcañiz pasa de 7.806 a 11.639, Andorra de 2.510 a 8.167, Calamocha de 1.859 a 4.673, Cella de 2.578 a 3.178, Escucha de 462 a 1.453, Monreal del campo de 2.387 a 2.477, Montalbán de 2.030 a 2.086, Santa Eulalia de 1.162 a 1.740, Teruel de 10.797 a 28.225, Utrillas de 485 a 4.573 y Villarquemado de 926 a 1.081. Como se puede observar todos ellos, con la excepción de Alcañiz, están situados en la cuenca minera o en el eje Zaragoza-Teruel. En este periodo la densidad poblacional pasa de 15,6 habitantes por km² en 1900 a 10,3 en 1981.

Los movimientos migratorios

Al buscar las causas de este enorme descenso en la población hay que pensar que los movimientos migratorios más que en los factores naturales. En 1900 la provincia mantenía unos porcentajes de crecimientos vegetativo en torno al 0,7% anual superior al 0,24 de la provincia de Zaragoza y al 0,5 nacional. Esta paridad se mantendrá hasta la década de los treinta en la que comienza a sentirse el éxodo masivo que ha vaciado nuestros pueblos. Esta emigración ha tenido unos efectivos tales que, no solo han absorbido el crecimiento vegetativo, sino que han provocado unas pérdidas netas que para el periodo de 1.900-1970 se calculan en 185.564 personas, que suponen el 73,4% de la población provincial en la mitad del periodo. Difícilmente catástrofe alguna podía haber causado un exodo igual. Estas salidas se han dirigido fundamentalmente a la ciudad de Zaragoza y de una manera secundaria a Valencia y Cataluña.

Por otra parte, la juventud del contingente emigratorio y el alargamiento de la esperanza de vida han envejecido notablemente nuestra provincia: si en 1900 los menores de 15 años suponían el 35,9% del total, ahora sólo el 22, mientras que los mayores de 60 años han pasado de ser un 8,2% a un 18. Esta situación incide notablemente en el descenso del índice de natalidad y en un aumento del de mortalidad. Del seguir esta tendencia se calcula que para 1990 el crecimiento vegetativo será de signo negativo, del orden del -0,49% anual, lo que supondrá que, a pesar de haberse ralentizado las salidas por emigración, la provincia siga perdiendo población que para esa fecha será de unos 121.000 habitantes.

El nivel de instrucción

Para completar este breve estudio demográfico, apuntaré que el nivel de instrucción a principios de siglo era muy bajo con unos índices de analfabetismo del orden del 69,2%, superior a la media nacional del 63,78. Esta lacra social incidía

más en la población femenina de tal manera que eran analfabetas el 79,8% de las mujeres por un 58,6 de los varones.

Si consideramos la estructura socio-profesional de la población veremos que muestra, de una manera muy clara la composición propia de una sociedad preindustrial, con un 78,5% de la población ocupada dedicada a actividades agrícolas y ganaderas por solo un 10,5 a la industria y un 11 a los servicios, todo ello en 1900. Estos porcentajes han ido evolucionando hasta convertirse en un 34,7 un 33,1 y un 32,2 para los tres sectores productivos. La participación de la mujer en el mundo laboral era muy escasa suponiendo el 8,12% de las personas ocupadas, su número solo era significativo en los servicios domésticos y, en menor medida, en la agricultura. La minería, con 137 empleados, no tenía todavía el peso que después alcanzaría y dentro del sector industria eran los transformados del tipo alimentario, vestido y construcción los que agrupaban a mayor número de empleados con un total de 7.090.

A modo de resumen podemos decir que la población turolense, a principios de siglo, presentaba las siguientes características.

- Escaso potencial absoluto con unas densidades de las más bajas de España.
 - Distribución en núcleos muy pequeños, el 74,9% por debajo de mil habitantes, y sólo dos núcleos, Teruel y Alcañiz con más de cinco mil habitantes.
 - Índice de natalidad y mortalidad muy altos, superiores al 3%, propios de un modelo demográfico sin desarrollar, anterior a la revolución industrial.
 - Estructura todavía joven pero con una tendencia al envejecimiento.
- Agricultura y ganadería como principal actividad ocupacional.

Los recursos naturales

En la década de los sesenta, cuando la despoblación de nuestras tierras comenzaba a ser un grave problema, el catedrático de Geografía de la Universidad de Zaragoza, D. Salvador Mensua, escribía acerca del proceso: "La minería turolense no ha desencadenado ningún proceso industrial. Tanto las disponibilidades de energía como las de materias primas férricas son tratadas en una primera transformación para su inmediata reexpedición a las zonas industriales extraprovinciales. Es lógico que así sea, puesto que las iniciativas y el capital que han puesto en movimiento estas riquezas proceden de fuera. Este es el destino de un país subdesarrollado cuya mejor perspectiva parece consistir en una emigración llevada a cabo con orden, tacto, prudencia y sentido cristiano, que establezca un equilibrio más racional entre la población y los recursos..."

Compartimos, con el profesor Mensua, la opinión de que la explotación de los recursos provinciales podría hacerse de una manera más racional y, sobre todo, más potenciadora de nuestra actividad económica, pero, no compartimos su profundo pesimismo que prevee, como única solución, una emigración controlada y equilibradora del binomio recursos-población, impuesta como "destino manifiesto".

Ni la población, a principios de siglo, era tanta, ni los recursos tan escasos como a continuación se trata de demostrar.

La riqueza minera y forestal

En opinión de Gabriel Puig, ingeniero jefe de minas en la provincia, la riqueza de Teruel era considerable aunque inferior a la de Vizcaya o Almería. Según sus apreciaciones, estos recursos se encontraban insuficientemente explotados, pues, de cuatrocientas licencias concedidas, sólo se utilizaban treinta.

El mayor número de explotaciones correspondía al lignito, extendidas desde Rillo hasta Palomera: Portalrubio, Son del Puerto, Valdeconejos, Escucha, Utrillas y Palomera. El otro núcleo se encontraba en el NE. de la provincia desde Castellote hasta Peñarroya y Beceite. Para dar salida a esta producción se había constituido, en 1901, la sociedad Minas y Ferrocarriles de Utrillas con un capital de más de doce millones de pts. procedente en su mayor parte del grupo del Banco de Crédito Zaragozano. La línea, inaugurada en 1904, transportaba unas 70.000 Tms. anuales de carbón que, en su mayor parte, abastecía a las azucareras del valle del Ebro. Ya desde un principio, y con el paréntesis de la I.^a Guerra Mundial, se catalogó como deficitaria a la línea y se hubiera juzgado más positivo, para el desarrollo de la minería del lignito, el que hubiese enlazado con el Central de Aragón o con la Madrid-Barcelona del MZA.

Un caso más palpable de la "fuga" de recursos lo constituye la manera en que se inició la explotación del hierro de Sierra Menera. La sociedad encargada de ello era de tipo mixto, con la participación de los vascos Echevarrieta y Larrinaga y la firma inglesa Cammel & Laird que aportó seis de los dieciseis millones de pts. con las que se fundó la sociedad. De esta cantidad, tres millones se invirtieron en las minas y el resto en la construcción de un ferrocarril de 204 kms. de longitud que, pasando por Villar del Saz, Cella, Caudé, Teruel, Escandón y Segorbe, llevaría el mineral al puerto de Sagunto.

Parecida suerte corrían el plomo de Santa Cruz de Nogueras explotado por una compañía murciana, el cobre del collado de la Plata y Albarracín a cargo de una vasca, el manganeso de Crivillén por una madrileña o la calamina de Linares, Valdehinares y Alcalá de la Selva enviada al exterior por una sociedad franco-belga.

A principios de siglo, podían evaluarse en más de trescientas mil Has. las ocupadas por bosques de pinos y robles. Esta masa forestal, sin contar el monte bajo, revestía una cierta importancia y corría el riesgo de desaprovecharse. Tradicionalmente los montes habían sido usufrutuados comunitariamente para leña y carboneo, pero las desamortizaciones de propios y comunes de los setenta habían propiciado la privatización de buena parte de estos bosques y la explotación intensiva realizándose talas que, en las zonas de Albarracín, Mosqueruela, Manzanera y Mora, se estaban empezando a considerar como excesivas. La explotación de la resina era realizada por La Unión Resinera Española con sede en Almazán (Soria) que, en 1907, realizaba el sangrado de más de dos millones de pinos en la zona de Albarracín, Gea, Bezas, y Tormón.

Una agricultura insuficientemente desarrollada

A principios del novecientos el campo sigue siendo, todavía, el medio de su subsistencia de un alto porcentaje de la población nacional y provincial. De 877.813 Has. provinciales cultivadas, el 97% correspondía al secano. Dentro de éste, la mayor proporción la ocupaban los cereales que, además de los campos de Bello, Visiedo y la Tiera Baja, era parte fundamental de las vegas del Guadalaviar, Jiloca, Martín y Guadalope. El sistema de barbecho y las duras condiciones climáticas, con heladas entre el 15 de octubre y el 1 de mayo, hacían que los rendimientos fueran muy bajos, del orden de unos 6,47 Qm/Ha. claramente inferiores a los 9,7 nacionales o los 10,37 de la provincia de Zaragoza. Y todo ello a pesar de que comenzaba a introducirse, con cierta profusión, el arado de vertedera y los abonos fosfatados. Como ejemplo de esta renovación técnica el ingeniero agrónomo, Vicente Crespo, citaba a Caminreal, Villarquemado, Cella, Santa Eulalia, Monreal y Calamocha por su uso de segadoras y arados de vertedera.

El cultivo de la vid, después de unos años de florecimiento por la exportación de vinos a Francia, estaba comenzando a sufrir el azote de la filoxera que, desde la zona de Daroca y Belchite, estaba invadiendo la comarca del Jiloca, mientras que la de Valderrobres, Calaceite y Cretas se veía contaminada por los brotes de Tarragona.

La zona olivarera del Bajo Aragón comenzaba a recuperarse de las heladas sufridas a finales de los ochenta, aunque las sequías habían limitado las últimas cosechas mientras que las plantaciones estaban necesitadas de mejoras como labores más profundas, intensificación del abonado y una poda más racional. Otros productos de significación local eran el azafrán de la cuenca del Jiloca, la patata de las zonas altas, frescas y leguminosas y forrajeras como la alfalfa y el pipirigallo.

Las 26.398 Has. de regadío, el 3% de la superficie cultivada, se distribuía entre las siguientes zonas: Jiloca con 9.465, Huerva 281, Aguas Vivas 912, Martín 6.682, Guadalope 6.419, Matarraña 1.585, Turia 5.454, Valmuel 2.373 y subterráneas 1.554. El plan Gasset de obras hidráulicas de 1902 preveía la ampliación en 10.000 Has. de la superficie regada en la zona del Guadalope para lo cual se constituiría el canal y el embalse de Calanda.

Los problemas de infraestructura: las comunicaciones

Buena parte de los problemas económicos de la provincia venían derivados del estado deficitario de su red de comunicaciones. Para tomar conciencia de ello pueden bastar unos ejemplos: para ir de Alcañiz a Teruel en ferrocarril se tardaban más horas y se hacían más kilómetros que para ir a Barcelona y si utilizaban el coche correo se necesitaban diecisiete horas con cinco de parada nocturna en Montalbán. Incluso había una cabeza de partido judicial, Aliaga, que estaba totalmente incomunicado respecto a los pueblos de su jurisdicción y para ir a la capital necesitaban hacer de siete a ocho horas de caballería para coger en Perales el coche correo de Montalbán-Teruel.

Ferrocarriles, carreteras y caminos vecinales se construyeron en escaso número y tarde. Y no era por falta de proyectos, pero se hacían muchas promesas que luego no se cumplían: en el plan de ferrocarriles de 1877 ya estaban proyectados, para la provincia de Teruel, los tramos Valde Zafán-Gargallo, Val de Zafán-Alcañiz, Val de Zafán-Utrillas, Cuenca-Landete-Valencia, Teruel-Landete, Teruel-Sagunto y Calatayud-Teruel. Cuando al tramitarse la ley un diputado catalán abogó por la urgente realización del Val de Zafán-San Carlos de la Rápita, el ministro de Fomento, Conde de Toreno, contestó "que la provincia de Teruel estaba suficientemente atendida en materia de ferrocarriles", y esto lo decía cuando en ella no había construido ni un sólo kilómetro.

Con esta mentalidad se comprende que, cuando hacia 1900 ya estaba construida la red básica de ferrocarriles en España, en Aragón sólo se hubieran completado los enlaces con Madrid y Barcelona, mientras que las comunicaciones interregionales Norte-Sur estuvieran sin concluir. En el caso de la provincia de Teruel los tramos finalizados eran los siguientes:

- El Central de Aragón entre Calatayud-Teruel-Sagunto, construido con capital belga que al entrar en servicio en Agosto de 1901 unía a la capital con doce municipios de la provincia.
- El Val de Zafán-Zaragoza construido hasta Alcañiz que daba servicio a este municipio, a la Puebla y a Samper.
- El de vía estrecha Zaragoza-Utrillas de utilización minera.

Frente a estas escasas realizaciones los proyectos existentes tendían a unir la provincia con las limítrofes: con Cuenca por Tragacete, con Castellón por Alcañiz y Morella y con Guadalajara por Monreal. Sin embargo, lo que ya entonces se sentía como más urgente era completar la red interior para que desapareciera la incomunicación entre el Bajo Aragón y la capital, para evitar la "deteriorización" de las comarcas, y facilitar la comunicación con Zaragoza para acabar con la "desaragonización" de la provincia. Son objetivos que todavía no se han cumplido.

Si era lamentable el estado de la red de los ferrocarriles, en peor situación, si cabe, se encontraban las carreteras y los caminos vecinales. Nuevamente encontramos un notable desfase entre realizaciones y proyectos: en el Plan Gasset de Obras Públicas, antes citado, se habían previsto la construcción, dentro de la provincia, de ochenta caminos vecinales con un total de 1.869,7 kms. Pues bien, los realmente finalizados fueron once con una longitud de 200 kms. La distribución por partidos judiciales se realizó en los siguientes términos: Calamocha dos caminos de dieciseis solicitados, Alcañiz tres de trece, Castellote uno de trece, Híjar dos de doce, Montalbán-Aliaga ninguno de veintitrés, Mora dos de catorce y Teruel uno de catorce. El caso más flagrante es el de Aliaga que, además de esos "veintitrés" caminos "tenía", de la misma manera, hasta cinco carreteras que lo unían con Belchite, Daroca, Monreal, Ariño y Teruel. La realidad, como vimos a principios de este apartado, era de una incomunicación total.

Conclusiones

Buscando las razones de este estado de cosas, y si dejamos aparte su secular retraso y las dificultades geográficas, hay que acudir forzosamente al esquema político oligárquico y caciquil imperante y que tan duramente criticara Joaquín Costa: los dos partidos políticos accedían al poder, no por el refrendo popular, sino por la propia dinámica del turno o por arbitraria decisión real; con el acceso al poder recibían el decreto de disolución de las Cortes, para posteriormente organizar, e invariablemente ganar, unas "elecciones" que les aseguraban una mayoría adicta.

Piezas fundamentales en este esquema eran el ministro de la Gobernación, los gobernadores provinciales y los caciques locales: desde Madrid se designaban los candidatos que deberían ser elegidos en cada circunscripción, tanto en el turno de mayorías como en el de minorías, los gobernadores diseñaban las "tácticas" necesarias para conseguirlo y los caciques las aplicaban en su área de influencia.

En las campañas electorales, los candidatos, la mayor parte de ellos de tipo cunero sin contacto con la provincia, prometían abundantes realizaciones que posteriormente, las realidades económicas de una Hacienda exhausta se encargaban de recortar. Además, lo que se conseguía, atendía más a los deseos personales del cacique, como pago a sus servicios, que a las auténticas necesidades de la comunidad. Pasado un tiempo, el gobierno caía, cambiaba el partido turnante y se volvía a repetir el esquema, mientras que la situación económica y social seguía sin progresar.

Otro factor importante de la falta de desarrollo, era la poca significación y vitalidad de las clases medias y empresariales de la provincia. No fueron capaces de promocionar un núcleo industrial y vieron como las dos fuentes de riqueza más importantes de la provincia, la minera y la forestal, caían en manos del capital extra-provincial que aprovechaba estos recursos para crear riqueza en otros lugares. Bien es verdad que, aún existiendo iniciativas y capital suficientes, el desarrollo industrial de nuestra provincia habría sido limitado teniendo en cuenta la escasa demanda de productos industriales, debida a una población de escasa entidad y poco poder adquisitivo, la falta de integración en el mercado nacional, por unas comunicaciones defectuosas, y el excesivo peso de un sector agrícola muy dependiente, en sus rendimientos, de las circunstancias climatológicas.

Para terminar me gustaría introducir en el ánimo del lector una pequeña reflexión: después de examinar la situación de nuestra provincia en sus aspectos sociales y económicos ¿En qué grado ha cambiado en los últimos ochenta años?